CAPÍTULO XXI. *De cómo Cortés fue a Chiahuitztlan y lo que allí le sucedió; y de la prisión que se hizo de unos mexicanos, y cómo soltó Cortés los dos de ellos y los envía a Motecuhzuma*

L DÍA QUE PARTIÓ CORTÉS DE CEMPOALLA con su gente fue marchando en mucha ordenanza, temiendo no tuviesen los indios alguna emboscada y que los cogiesen desapercibidos; y porque un soldado llamado Hernando Alonso de Villanueva se apartó de la orden, el capitán Alonso de Ávila le dio un golpe de lanza en un brazo, de que quedó manco. Llegaron al lugar sin hallar persona, y en la plaza estaban solos quince hombres que de parte del señor del pueblo fueron a Cortés, y le dijeron que por ser gente que jamás habían visto por aquellas costas no los habían osado aguardar de miedo los moradores hasta satisfacerse de la verdad de quiénes eran u qué querían; pero que su señor, por lo que le habían dicho los de Cempoalla, les había mandado salir a recibirle y sahumáronle con copal o anime. Cortés los recibió alegremente y dijo que su venida era pacífica a visitarlos y a sólo verlos. Dioles algunos presentillos con que se fueron después de haberlo aposentado; y a la noche ya estaba poblado de sus moradores. Recibió este señor a Cortés muy amigablemente porque era de los opresos y conquistados de Motecuhzuma, y como ya se habían comunicado el de Cempoalla y él o por proprias personas en secreto o por mensajeros que se hubiesen enviado, sabían que Cortés tenía ánimo de favorecerlos y ayudarlos en su opresión y molestia. Sentáronse ambos en unos portales que había en la plaza y comenzaron a parlar por sus intérpretes, dándole cuenta de su venida y grandes ganas que tenía de deshacer agravios y que sabía que los recibían los de aquellas costas de los reyes y señores mexicanos. El señor le dijo casi lo mismo que el de Cempoalla y aun con harto temor que de Motecuhzuma no lo supiese. Habíanle hecho un gran presente a Cortés de pan y gallinas, y estando parlando con este cacique les llegó aviso a entrambos de cómo al señor de Cempoalla le traían en andas y sobre hombros sus indios de los cuales fue bien recibido; y juntos ambos señores dijeron con lágrimas a Cortés lo que cada uno por sí antes le tenía dicho y que todo esto pasaba en toda aquella nación y provincias de la Totonacapa (que eran los pueblos principales y cabeceras de ellas treinta). Fernando Cortés los consoló con las más inteligentes razones que pudo, y dio palabra de librarlos de aquella tiranía; con que quedaron muy contentos aunque siempre daban a entender el miedo que tenían del enojo que había de recibir Motecuhzuma cuando supiese que habían hospedado y recibido en sus casas a los españoles.

Estando los tres en estas pláticas llegaron muy de priesa ciertos indios del mismo pueblo que avisaron cómo iban los recaudadores o cobradores de los tributos y rentas de Motecuhzuma, y causó esta nueva y voz tanto

miedo en los dos caciques que, dejando solo a Fernando Cortés, los fueron a recibir temblando y desalentados y acompañados de muchos caballeros; con mucha presunción y entonamiento pasaron por la plaza donde estaba Fernando Cortés llevando en las manos cinco de ellos unas varas cortas, como las que usan los alguaciles de la corona de Aragón y mosqueadores que no se permitía sino a gente principal. Fueron aposentados y servidos de comida como si fuera la persona del rey y supieron lo que pasaba de los mismos señores que se lo dijeron; porque como los habían cogido con el hurto en las manos hicieron de los ladrones fieles, por asegurarse del mal y daño que les pudiese de ello sobrevenir. Reprehendiéronlos porque sin licencia del gran señor de Mexico los habían recibido. Pidieron veinte hombres y mujeres para sacrificarlos a los dioses, para aplacar el enojo que les habían causado con el recibimiento de los extranjeros, por haber sido un gran pecado el que habían cometido en ello. Fernando Cortés, que echó de ver el alboroto e inquietud que andaba, hizo diligencia en saber lo que era, y entendido, llamó disimuladamente al cacique y señor principal de Cempoalla y preguntóle quiénes eran aquellos caballeros que habían venido a quienes hacían tanta fiesta. Respondióle, que eran los cobradores de la hacienda real de Motecuhzuma que habían venido a saber por qué causa habían hospedado a los españoles, y que pedían veinte personas para sacrificar, para que los dioses les diesen victoria contra los extranjeros. Cortés le respondió cautelosamente que el rey su señor le había mandado (como ya les había dicho antes) que viniese a deshacer agravios y a atajar opresiones e impedir los sacrificios y derramamiento de sangre humana; y que pues aquellos hombres crueles venían a derramar sangre de gente que no merecía muerte, no sólo no los obedeciesen sino que los prendiesen y aherrojasen. Quedaron espantados los caciques con esta razón, pareciéndoles atrevimiento y temeridad nunca vista hacerlo y no se atrevían a emprenderlo; pero animándolos porfiosamente Fernando Cortés los indios lo ejecutaron, y ataron en unos palos a cinco de los recaudadores y les echaron colleras; y porque uno de ellos con ánimo y valentía se defendía y no se dejaba atar le cargaron muy bien de palos. Mandó luego Cortés a los señores que no permitiesen que se pagase más tributo a Motecuhzuma ni le obedeciesen, y que así lo publicasen en todos los pueblos sus confederados y amigos, y que avisasen si otros recaudadores se hallaban en ellos porque los mandaría prender. Voló muy en breve la fama de este hecho y puso en asombro y pasmo a toda la tierra; porque a todos los que lo supieron pareció demasiado atrevimiento y aguardaban a ver en qué paraba caso tan atrevido y libertado. Quisieron los caciques sacrificar luego aquella noche a los mexicanos (como gente que no los obedecían sino por solo temor que les tenían); pero Cortés se lo defendió y mandó que los pusiesen en una sala aparte, con guarda de indios y castellanos.

Aunque Cortés había sido el todo de esta prisión (pues con sus persuasiones y ánimo que había puesto a los caciques los habían prendido) quiso mostrarles a ellos cómo no había tenido parte en ella; y mandó a las guardas castellanas que sin que los indios lo entendiesen, soltasen dos de los

presos y se los trajesen. Hiciéronlo así los nuestros; y llevados a la presencia de Cortés hizo como que no los conocía y preguntóles, qué de dónde eran. Ellos respondieron que eran mexicanos y criados del grande monarca y señor Motecuhzuma; y que los caciques de aquel pueblo y Cempoalla los habían aprisionado ayudados de su favor y del de sus soldados, que de otra manera ellos, por sí solos, no se atrevieran. Respondió Cortés que no sabía nada del caso y que le pesaba de lo hecho; mandóles dar de comer, regalólos y dioles buenas palabras y díjoles que fuesen luego a decir al señor Motecuhzuma, que él y todas sus gentes le eran muy servidores y grandes amigos y que con ánimo de serlo siempre los había ayudado y soltado de la prisión y había maltratado a los caciques que los habían prendido y que él miraba por ellos como por los suyos; y que lo tenía por amigo y deseaba hacerle todo servicio después que oyó su fama, bondad y poder y que había holgado de hallarse allí a tal tiempo para mostrar esta voluntad, soltándolos a ellos y que trabajaba por guardar y conservar la honra y autoridad de tan gran príncipe como él era y por favorecer y amparar a los suyos y mirar por todas sus cosas como por las propias; y que aunque su alteza no estimaba su amistad, ni la de sus españoles (según lo mostró Teuhtlille su gobernador, quitándole la comida y haciendo demonstración de enemistad y ausentándosele la gente de la costa), no dejaría él de servirle todas las veces que se ofreciese ocasión y procuraría por todas las vías posibles y manifiestas su gracia, su favor y amistad; y que bien creído tenía (pues no había razón para lo contrario) que su alteza no huía, ni rehusaba su amistad, ni mandaba que nadie de los suyos le viese ni hablase, ni proveyese por sus dineros de lo necesario para sí y para su gente, sino que sus vasallos lo hacían pensando servirle en ello, mas que por acertar erraban no conociendo que Dios los venía a ver en topar con criados del emperador, de quienes podían él y todos recibir beneficios grandísimos y saber secretos y cosas santísimas y que si por él quedaba que fuese a su culpa; pero que confiaba en su prudencia que mirándolo bien holgaría de verle y de hablarle y de ser amigo y hermano del rey de España, en cuyo felicísimo nombre habían venido él y sus compañeros; y que para que entendiese lo que deseaba servirle había ordenado con aquellos caciques que los libertasen y enviasen a su presencia. Si éste es buen trato véase; pero al fin es ardid de guerra y traza extraña de hombre cauteloso; y el que esto leyere bien echará de ver que es congraciarse con Motecuhzuma; pues si él no hubiera movido a los indios no tuvieran ánimo para hacer lo que hicieron. Finalmente alteró aquel pueblo y la comarca, y dejólos rebelados para que tuviesen enemistad; y concluyó su plática con decir, que mandaría soltar a los tres presos que quedaban; y con esto los despidió y advirtió de que se fuesen luego, porque las guardas que dormían no los echasen menos y los buscasen y prendiesen. Dijeron que por fuerza habían de pasar por las tierras de los totonaques, y que ya que se habían atrevido a prenderlos no dejarían de matarlos porque no viniesen a Mexico a dar aviso de su traición y alevosía. Mandó Cortés que los llevasen en un batel hasta echarlos fuera de los términos de Cempoalla. A la mañana echaron

menos a los dos huidos, y enojados los caciques de esto quisieron sacrificar a los tres que quedaban; pero no se lo consintió Cortés, y así los dejaron. Fingió Cortés mucho enojo de que se hubiesen ido los dos presos, y díjoles: que pues habían dado tan mala cuenta de ellos que él quería guardar a los tres y mandóles echar unas cadenas y llevar a los navíos, adonde luego se las quitaron, y dijeron, que presto tendrían libertad, de que quedaron gozosos y contentos, y enviaron a decir a Cortés (pareciéndoles que su libertad se la daba y que los totonaques de su propio motivo los habían prendido y puesto en colleras) que no se fiase de aquellos cempoaltecos que eran bárbaros serranos y vengativos, rebeldes y amigos de poner en gasto y cuidado a su señor, como otras veces lo habían hecho. Mandólos llamar Cortés en el propio navío, y díjoles que le pesaba mucho del desacato que se había hecho a su señor, cuya amistad mucho deseaba y que en volviendo los compañeros les daría libertad. Los indios totonaques de la provincia, considerando este caso, reprehendiendo el desacato hecho contra Motecuhzuma, aconsejaban que se le pidiese perdón con mucha humildad, echando la culpa de él a los castellanos, pues de su clemencia no se debía desconfiar. Otros más obstinados y animosos, decían que lo mejor era morir defendiendo su libertad y no padecer tanta sujeción, ni esperar misericordia de rey que los afligía con tantas molestias y dura servidumbre, sino que valiéndose del favor de aquellos dioses (que así los llamaban a los principios) llevasen adelante lo comenzado y procurasen su libertad, teniendo por muy grande la tiranía de Motecuhzuma. Prevaleció esta opinión y determinaron antes morir que rendirse y pidieron a Cortés que los ayudase, ofreciéndole de morir en su servicio.

CAPÍTULO XXII. *De la confederación que hacen los totonaques con Cortés y de una embajada que le envía a Motecuhzuma; y de la alteración que generalmente hubo en la Nueva España con la llegada de los españoles*

RANDE ERA EL CONTENTO DE CORTÉS en ver que se iban encaminando sus intentos a los fines que deseaba; pero porque las cosas bien ordenadas hacen a los hombres victoriosos, respondió con modestia a los caciques, y a los otros que se rebelaban que mirasen bien lo que hacían porque Motecuhzuma era poderoso príncipe; pero que si todavía persistían y estaban firmes en aquel propósito se les ofrecía por capitán, pues era razón defender a sus amigos y amar a los que lo amaban y no hacer caso del otro que lo desfavorecía y menospreciaba; y que convenía que con verdad le dijesen qué gente habría y de qué amigos se pensaban ayudar para esta guerra. Los caciques dijeron que cuando la guerra se publicase y que aquellos dioses les ayudaban habría cien mil hombres de pelea; entonces, dijo Cortés que aunque no tenía necesidad de su ayuda, todavía era bien